

La busca

Conocí a Gómez Neila durante los años que pasé destinado en Tetuán. Allí coordinaba un pequeño pero bullicioso grupo de escritura y psicoanálisis que había logrado colar unos cuantos ensayos de orientación comunista bajo la apariencia de cuentos de terror de corte folclórico.

Gómez Neila era todavía un estudiante de posgrado que trabajaba la relación entre los miedos perpetuados por la tradición oral y la expresión literaria de aquellos miedos, cuestionando el origen mismo de la ficción bajo un enfoque realista. Una revisión del clásico qué fue antes, el huevo o la gallina.

Cuando acabé mi estancia africana y regresé a Madrid, mantuve correspondencia con Gómez Neila y con algunos otros alumnos. Nos animábamos unos a otros a experimentar, a buscar la verdadera novela, a dejar atrás la ortodoxia que lastraba nuestras vidas. Intercambiábamos lecturas, apuntes, esquemas de proyectos; nos felicitábamos por la audacia de nuestras ideas y nos reprochábamos nuestra poca ambición si se daba el caso.

A principios de los noventa coincidimos en unas charlas en el campus de Colmenarejo. Él coordinaba una mesa redonda entre estudiantes de moda y semiólogos de derecha a la misma hora que yo daba un taller de comunicación no verbal. Al terminar la jornada, fuimos todos los ponentes a cenar a una pequeña tasca. Allí bebimos vino de Rueda y comimos torreznos, discutimos de fútbol y dejamos que los estudiantes hablaran de sí mismos.

Avanzada la noche, Neila me apartó en un rincón y me susurró que creía haber dado con la forma definitiva de la narración, de acuerdo con los tiempos de progreso

que habíamos tenido la suerte de vivir. Me explicó que la novela tenía que atravesar el terreno de la palabra escrita e investigar acerca de los distintos campos de la composición. Asentí efusivamente y empecé a hablar de Carpentier y de Borges, de los experimentos sinestésicos y del doctor Hoffman y su encendida defensa del LSD como canal de comunicación con nuestro yo más primitivo.

Él asentía o negaba con la cabeza, según yo gesticulara más o menos, hasta que hice una pausa para coger aire y pedir otro chato de vino y entonces me dijo que me callara, que iba a hablar él, y me cogió el tabaco y se guardó un puñado de cigarrillos en los bolsillos. Dijo: la novela olfativa. Y también: la narrativa aromática. Y abrió los brazos en toda su envergadura. La más potente de las herramientas relacionales, me dijo, y se me quedó mirando con los ojos entrecerrados. Le besé las manos y le dije que me sentía orgulloso de él. Le empujé fuera de la tasca sin abrigo ni nada y le pedí de rodillas que se lanzara de cabeza al proyecto. Que era su obligación conseguirlo.

Durante meses intercambiamos por correo paquetes con toda clase de objetos aromáticos cuidadosamente envueltos en celofán. Recibí un trozo de carbón, envié una brizna de hierba; recibí un pañal usado, envié un frasco de polvos de talco. Recibí un pañuelo humedecido, un reloj con cinta de cuero, un sujetador de encaje; envié unas gotas de lejía, un tacón roto, un testamento impugnado.

Al parecer no llegamos a nada. Poco a poco fuimos distraendo nuestros esfuerzos. Gómez Neila se centró en la novela corta, recibió un premio, viajó, realizó estancias. Yo abandoné la idea, regresé a los poemas.

Pasaron los años. Recibí una carta. En ella, en las diecisiete hojas de papel pautado, Neila me saludaba y abrazaba en el primer párrafo, mostraba su desbordante alegría por una inminente boda en el segundo y me comunicaba, tras la fecha y una

firma de impecable trazo, su inapelable decisión de dejar la literatura para volcar toda su energía y erudición en la construcción de una sólida estructura familiar. En los restantes dieciséis folios compartía sus dudas en cuanto a la organización de las mesas, la distribución de los centros florales y la ornamentación de la iglesia elegida para el enlace.

Y después, nada. Gómez Neila desapareció de mi vida.

Le remití media docena de cartas que no obtuvieron respuesta. En las primeras le explicaba que no era posible abandonar la literatura, que uno podía dejar de escribir o de investigar, pero que no se podía abandonar el pensamiento literario de igual forma que no puede uno dejar de respirar voluntariamente. El cuerpo lucha por sobrevivir en todos los casos, le dije.

Esperé meses junto al buzón, convencido de que algo estaba a punto de llegar, un paquete con su nueva novela, una postal de su nueva editorial, un telegrama diciéndome que sí, que había reconsiderado su postura. Cuando me cansé de esperar, escribí otra serie de cartas centradas en su viejo proyecto de novela olfativa. Le referí unos cuantos estudios de la Universidad de Wesleyan que relacionaban las cualidades olfativas del agua corriente con el grado de escolarización de los habitantes de varios pequeños pueblos de la América profunda. Con la última carta que le escribí, dos años después, le adjunté una fotocopia de mi trasero y un “vete a la mierda” en negrita, mayúsculas y subrayado.

Traté la desaparición de Neila con alguno de los miembros de nuestro grupo de escritura de Tetuán y resultó que ninguno de ellos había mantenido el contacto con él a lo largo de los años. Mi frustración aumentaba con cada una de las llamadas, al comprobar cómo me atendían, escuchándome con amabilidad e interviniendo lo justo

para decirme que no, que no tenían su teléfono, que no, que no tenían su dirección y que no, que, de hecho, no sabían muy bien de quién estábamos hablando.

La situación, que debería haber dejado de lado para centrarme en mis estudios de politología, se convirtió en un molesto zumbido al fondo de mis oídos. Viajé a Colmenarejo y visité la secretaría del campus para contrastar los datos personales de Gómez Neila con los que yo disponía. José Vicente, el tesorero que había pagado mis dietas y emitido las facturas de los últimos cuarenta años, se había jubilado y, al parecer, no había dejado más registro del flujo de caja que unos cuantos adhesivos y varios albaranes confusos con dibujos obscenos en sus reversos.

Pasado un tiempo dejé de preguntar por él porque no me gustaba cómo me miraba la gente, pero no dejé de buscarlo. Le busqué en la correspondencia que habíamos intercambiado. Investigué la procedencia de los envíos que había recibido de él. El trozo de carbón, el sujetador de encaje. Todo lo conservaba en su celofán original bien guardado al fondo del cajón de los calcetines de invierno. Pregunté en varios establecimientos de confección. Acoté la localización de las vetas de carbón vegetal en la península y visité a los gerentes de las explotaciones que seguían operativas. Averigüé que el sujetador era de la talla 120 y que el carbón no era asturiano ni extremeño, sino importado de Alemania y especial para barbacoa.

Me volví retraído y asustadizo. Dejé de salir a la calle y de hablar con la gente, temeroso de su amistad y su posterior e imprevista negativa a existir. Dejé el trabajo, por aquel entonces era visitador médico, y vendí la casa de mis padres a un sesenta por ciento de su valor. Adquirí un viejo un molino en Navaconejo, en pleno valle del Jerte, y allí me dediqué a desaparecer yo también.

Habilité el baño del servicio, la cocina, el dormitorio y una sala para convertirla en mi despacho. El resto, la planta primera, el salón comedor, los cuartos de invitados y el trastero en el falso techo de la buhardilla, se los dejé a las ratas y las arañas.

Al molino llevé lo imprescindible: ropa de abrigo, bolígrafos y folios en blanco. Además de toda la correspondencia con Neila, mis ensayos, sus proyectos y las anotaciones al margen de todas las novelas que habíamos comentado durante toda nuestra relación. Y lo revisé todo de nuevo. Examiné durante meses cada letra, cada renglón. Perseguí cada referencia a textos del que no dispusiera y adquirí los originales, que a su vez referían a otros ensayos, a otros artículos de opinión. Y tracé las biografías de esos otros autores, de los articulistas, de los redactores, en busca de la clave oculta en las palabras, y sobre todo en los espacios en blanco que Gómez Neila había dejado para mí en todas esas cartas enviadas. Seguí todas las rutas de aquella bifurcación infinita de caminos. Anoté las conclusiones. Invertí toda una vida en encontrar otra, la suya.

Y me detengo ahora. En este mismo momento que he descubierto su paradero.

Ahora la respuesta me parece sencilla. Yo mismo se la ofrecí a Neila antes incluso de formular la pregunta. Pasamos meses hablando de la nueva novela, de la novela total y yo no entendía nada, pero él sí. El comprendió el paso que había de dar y lo dio, sin necesidad de consultarme. La novela definitiva sería la novela vital y necesitaba cobrarse una vida. Así, Gómez Neila dejó atrás su existencia limitada y corpórea y se transformó en personaje, saltando al vacío a la espera que yo, quién si no, recogiera su mano estirada en el salto mortal y lo trajera de nuevo a la vida.

Gómez Neila dejó de existir para que yo pudiera crearlo. Gómez Neila nunca existió. Gómez Neila vive.

Clara descalza, 01/02/1978 (37años)